

tiempo alcanzaron á conocerle testifican unánimes la ejemplar conducta que llevó, con la cual se granjeó sin pretenderlo el aprecio y el cariño de los profesores, el respeto de sus discípulos y aun la estima de los estudiantes más adelantados que él en la carrera, los cuales, en tratándose de cosas de virtud, no se avergonzaban de aconsejarse con él y de seguir con humildad sus consejos.

Para trabajar con más empeño en la propia santificación servíase de algunos medios ingeniosos que le despertasen y avivasen los sentimientos de fe, y principalmente los que mayor impresión solían hacerle. Uno de éstos era el recuerdo de los novísimos; y como obraba en su alma tan saludables efectos, buscó alguna traza para acordarse de ellos con mucha frecuencia. Para esto hizo un cuadro sinóptico, y en versos sencillos, pero animados por la viva expresión de la fe, los compendió todos. Teníalo siempre á la vista, y para que fuera más vivo despertador de su piedad puso junto á él una estampa que representaba á un alma cayendo en el infierno. Adornó también su habitación con varias inscripciones análogas á los misterios de la fe y á las virtudes cristianas, pero tan bien distribuidas y con tanto arte, que á la vez que instruían y fomentaban los sentimientos piadosos, recreaban la vista como un verdadero ornato, que resaltaba aún más por su admirable sencillez. Porque téngase presente desde ahora para en adelante: el orden y el buen gusto en todas las cosas era uno de los elementos principales que entraban en la formación del carácter del Sr. Claret. No podía ver nada que estuviera fuera de su lugar; el más ligero desorden, un papelito que no estuviera en su puesto, dos candeleros que no estuvieran simétricamente colocados á los lados del altar; cositas, en fin, en que otros no reparan, á él le causaban cierta repugnancia instintiva; y así, siempre que estaba en su mano, ordenaba estos pequeños desconciertos.

Esto, que en otras personas es no pocas veces una manía especial determinada á cierto género de cosas, en él se extendía á todo, y más aún que al orden físico, al moral é intelectual, porque había aprendido y sabía por la fe y por la lumbre natural que el orden es hijo de la sabiduría infinita, la cual procede siempre con orden en todas las cosas, y que la señal para conocer si una cosa está conforme á la voluntad de Dios

es mirar si por todos lados ó por todas sus caras está debidamente ordenada, pues, como dice San Pablo, *quae autem sunt, a Deo ordinate sunt* (1). Las cosas que son de Dios están debidamente ordenadas. Su modo de obrar en este punto, bajando hasta evitar en las cosas manuales y mecánicas el más leve desconcierto, no era más que una consecuencia práctica de este principio sentado por el Apóstol, lo cual se echaba de ver claramente, porque, si atendía á ordenar estas pequeñeces, ponía incomparablemente mayor empeño en ordenar su alma y ajustarla enteramente á la voluntad de Dios y en cumplir con perfección todo lo que le estaba encomendado. Por esta misma razón nunca se metió en cosas que no le atañesen ni fuesen de su competencia, y más tarde, cuando era ya Prelado y Superior, distribuía sabiamente los oficios y no toleraba que los unos hicieran, aunque con apariencias de celo, lo que era propio de los otros, ni aun él mismo, cuando no estaba de por medio algún motivo muy grave, intervenía para arreglar lo que una vez había encomendado á un oficial subalterno. Mas dejemos ya este punto, porque en el curso de toda esta historia se verá prácticamente el orden con que en todo procedía, y sigamos adelante con las admirables virtudes que le dispusieron al estado sacerdotal.

Otra de las piadosas industrias con que despertaba su corazón para levantarlo frecuentemente al Señor con actos de fe, de confianza y amor ó con algún otro afecto santo, era servirse para señales de registro, en los libros de su uso, de papelitos, donde escribía alguna sentencia de la Escritura ó de algún santo, ó bien algún afecto piadoso ó una oracioncita á la Virgen, ú otras cosas semejantes que le excitaban á la presencia de Dios y á los actos de las virtudes. Comenzó también en el tiempo de su carrera á ejercitar del modo que podía el celo eclesiástico, para lo cual, entre otros medios, se valió de la misma industria que á él tan buenos resultados daba. Acaecía que sus amigos ó condiscípulos le prestaban á las veces algún libro, y él, para agradecerles espiritualmente aquel pequeño servicio haciendo de algún modo bien á sus almas, escribía unos papelitos con alguna jaculatoria, máxima ó sentencia ú otra cosa de provecho, y antes de devolver el libro tenía buen

(1) Epist. ad Rom., XIII, 1.

cuidado de poner en él uno ó dos á manera de registros, pero ocultos entre las hojas, como si por un olvido se los hubiera allí dejado. De esto dieron testimonio muchos estudiantes de aquel tiempo, los cuales aseguraban que cuando les volvía el libro prestado hallaban siempre en él, como dejados por descuido, uno, dos y aun tres de esos papelitos (1).

Otras pruebas dió verdaderamente admirables del modo como ejercitaba ya entonces el celo por la santificación del prójimo. "Los estudiantes que en su aposento se juntaban por motivo de las conferencias de francés que él les daba, ó por las que sobre materias científicas tenían amistosamente entre sí, nos han transmitido, — dice el autor de las Memorias (2), — la interesante relación de que siempre terminaban con reflexiones sobre la necesidad que tienen los seminaristas de santificarse á sí mismos ó del bien imponderable de las santas Misiones. „

Estudiando Teología redactó un escrito en que, con el título de *Cartas de los Angeles*, ingeniosamente explica los oficios y deberes de los individuos que forman parte de los coros instituidos en obsequio del sagrado Corazón de Jesús. Debemos á la amabilidad del ilustre D. Luis Sauquer, canónigo de Tortosa, el habernos dejado sacar copia de los originales que él conservaba inéditos en su poder en 1880, y que desgraciadamente se han perdido; y como estas cartas, como todos los escritos del Siervo de Dios, están escritas con mucha unción y piedad, y fueron las primicias de sus innumerables obras, nos parece que los buenos católicos españoles, familiarizados con muchas obras del Sr. Claret, pero mayormente los devotos del sagrado Corazón, nos agradecerán que las demos á luz por vez primera en esta Vida por vía de apéndice.

Fué también el Sr. Claret, cuando estudiante, muy misericordioso y caritativo. Acaeció una vez que, asistiendo un soldado en la Plaza Mayor de la ciudad de Vich á la corrida de toros, tuvo la desgracia de caerse y fracturarse de resultas una pierna. Trasladado al hospital, se hizo su curación con mucha lentitud. Visitábale con frecuencia nuestro buen semi-

(1) Entre otros el presbítero D. José Rosanes, oficio del 15 de Diciembre de 1880; D. Ignacio Alemany y D. Ramón Corominas, presbíteros.

(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

narista y llevábale algún regalito, con lo cual le ganó el corazón y halló entrada para darle muy buenos consejos, y obraron éstos tan bien en el pobre enfermo que logró hacer de él un dechado de paciencia y de conformidad con la voluntad de Dios (1). No fué éste un caso aislado de caridad, porque hacía lo mismo con los demás enfermos del hospital, á quienes visitaba todos los domingos y días festivos, consolándolos y animándolos á sufrir con paciencia la enfermedad y haciendo con ellos algunos oficios humildes y de gran abnegación, como cortarles las uñas y otras cosas de mucha virtud y mortificación, con que negaba sus sentidos. De este modo fué disponiéndose el virtuoso joven para la sublime dignidad del sacerdocio, del cual tenía él formado muy alta idea, considerándose absolutamente indigno de él y resuelto á aceptarlo con el solo fin de cumplir la voluntad de Dios que le llamaba, y para poder sacrificar su vida por la salvación de sus hermanos.

6. No menos altamente pensaba de la dignidad sacerdotal el que entonces era Prelado de la diócesis, el virtuosísimo señor D. Pablo de Jesús Corcuera, y por lo muy penetrado que de ello estaba no admitía á las sagradas órdenes á los estudiantes de carrera larga hasta que se hallaban ya bien formados en las virtudes y en las ciencias. Para las órdenes menores exigía que hubiesen estudiado con aprovechamiento cuatro años de Teología escolástica, de manera que estuviesen bien embebidos en las sanas doctrinas del Angel de las Escuelas; para el subdiaconado, que hubieran cursado el quinto de Teología, ó lo que es lo mismo, á más de toda la Teología dogmática, el primer año de Teología moral; para el diaconado, un curso más de esta última, y para el sacerdocio, la aprobación de los siete años de Teología.

Formaba á los seminaristas en la piedad, prescribiéndoles el ejercicio de la oración mental y la frecuencia de los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. No se contentaba con que se acercasen á estas saludables fuentes de la divina gracia una vez al mes cuando se hacían las comuniones generales de la Academia de Santo Tomás, á las que debían asistir todos los estudiantes, sino que pasaba más adelante, aconsejando con vivísimo interés á todos, pero particularmen-

(1) Ilustre Sr. D. Luis Sauquer. Carta del 14 de Junio de 1880.

te á los socios de la Congregación de la Concepción Inmaculada y de San Luis Gonzaga, á que lo hiciesen más á menudo y se preparasen con gran fervor. A esta última, establecida por el mismo Prelado, pertenecían los seminaristas internos, los tonsurados y los que por señalarse en la piedad habían obtenido permiso especial de entrar en ella. Dábales frecuentes conferencias y les mandaba asistir á los piadosos ejercicios mensuales y anuales, que él mismo dirigía, ó que por lo menos honraba con su presencia.

Antes de imponer las manos á los que se habían de ordenar, los preparaba con algunos días de retiro: diez para los que habían de recibir las órdenes menores, veinte para los que el subdiaconado, treinta para los que aspiraban al diaconado, y cuarenta para los que al sacerdocio. Durante este santo tiempo les daba útiles consejos é instrucciones para santificarse á sí mismos, y los amaestraba en el fiel cumplimiento de los deberes sacerdotales. Los diez postreros días se consagraban por entero á los ejercicios de San Ignacio propiamente dichos, que suelen comunmente mandar hacer los señores Obispos á los ordenandos, y prescritos por Inocencio XI en 1682 á los de Italia y de las islas adyacentes. Con estas excelentes prácticas legó el Sr. Corcuera al obispado un clero ejemplarísimo, cuyas edificantes costumbres no pudieron corromper, ni siquiera alterar, ni los trastornos políticos, ni las guerras civiles, y fueron además el alivio de los superiores y el consuelo de los fieles.

Viendo el Sr. Corcuera que Claret, por su aplicación, su talento, sus conocimientos y por su ejemplarísima conducta resplandecía como antorcha entre los demás alumnos del Seminario, dijo á su mayordomo: "D. Fortunato, quiero ordenar luego á Antonio, porque allí hay algo extraordinario." Razones hay para creer que el virtuosísimo obispo de Vich fué movido de Dios, quien quizá le dió á conocer la copiosa lluvia de bendiciones que por el celo y las demás virtudes de aquel joven vendrían sobre su diócesis (1). No siguió, pues, para la ordenación del Sr. Claret los trámites que con los demás seminaristas. Confirióle las órdenes menores antes de terminar

(1) Excmo. Dr. D. Benito Vilamitjana, arzobispo de Tarragona. Carta del 12 de Noviembre de 1870.

los cuatro años de Teología escolástica en las témporas de Adviento de 1833; el subdiaconado, á título del beneficio que tenía, en las de Trinidad de 1834. En esta ordenación fué promovido al diaconado el célebre Dr. D. Jaime Balmes, y dió la feliz coincidencia de que, por ser éste el primero de los diáconos y el Sr. Claret el primero de los subdiáconos, fueran ambos elegidos para asistir al sacerdote que presidió la procesión hecha después de las sagradas órdenes.

Recibió el diaconado en las témporas de Navidad del mismo año de 1834, y en el acto de la ordenación le dió el Señor claramente á entender quiénes eran los enemigos que menciona el Pontifical Romano en las palabras tomadas de la carta de San Pablo á los efesios, y que son éstas: "No es nuestra pelea contra hombres de carne y sangre, sino contra las potestades de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires." Luego que las oyó, se le renovó la memoria de la visión que tuvo en el segundo año de Filosofía, y con esto comprendió todo el alcance de ellas.

Llegó, por fin, el tiempo de recibir la encumbrada dignidad del sacerdocio, y para este acto tan solemne se dispuso con los cuarenta días de ejercicios que entonces se solían hacer en la diócesis de Vich. Sedito de celo y amor entró en ellos con bríos de gigante, y bien los hubo menester, porque debió batallar á brazo partido contra las terribles tentaciones que en ellos le presentó el demonio, contra la sequedad de espíritu en que por sus ocultos y amorosos fines le dejó el Señor, y contra la pesadez y el decaimiento de la naturaleza, á la que se hacía insoportable tan prolongado retiro sin mezcla de consolación alguna. Pero luchó como valiente atleta de Cristo, y el Señor premió su victoria con abundantes bendiciones del cielo; pues, como el mismo Sr. Claret afirma, á pesar de lo abrumadores que fueron para su naturaleza y de las tentaciones con que el enemigo le embistió, de ningunos otros ejercicios sacó acaso mayores ni más copiosos frutos. Aparejado para parecer delante del Señor con los trofeos de esta insigne victoria, se presentó con mucha humildad y recogimiento á recibir el galardón de ella, y Dios, por medio de su representante, el Ilmo. Sr. Fray Juan José de Tejada, obispo de Solsona, el 13 de Junio de 1835, fiesta de su patrón el glorioso San Antonio, le agració con el carácter sacerdotal como con

insignias de uno de los capitanes de su ejército militante. No pudo dirigir la ceremonia de su ordenación el que le había alistado á la milicia eclesiástica y le había hasta entonces adiestrado en las batallas del Señor, porque á la sazón el celosísimo obispo de Vich se hallaba ya atacado de la enfermedad que, con universal sentimiento de sus amadas ovejas, le llevó al sepulcro.

Revestido el Sr. Claret con la nueva dignidad, no acababa de admirarse de la benignidad de Dios nuestro Señor, que, sin él merecerlo, como él decía, le había levantado á tanta honra. Una y mil veces se le entregó todo entero y le prometió no buscar más que la gloria de Él, y almas que le amasen y cantasen para siempre sus misericordias. Espantábase, y con razón, al pensar que un hombre mortal, como él, había de tener en sus manos y ofrecer la víctima inmaculada, Jesucristo, por la salvación del mundo. Penetrado de estos profundos sentimientos, se dispuso con ocho días de oración y recogimiento para dar principio á obra tan divina, la principal del sacerdocio. Amaneció, finalmente, el día 21 de Junio, fiesta del angélico joven San Luis Gonzaga. ¿Quién podrá explicar el fervor, las lágrimas con que se acercó por vez primera al altar santo? ¡Qué estremecimiento experimentaba al imaginar que pronto descendería á sus manos el Dios de la Majestad! Pero el pensar que aquél era también Dios de amor que dulce y regaladamente venía á visitarle, llenaba su corazón de inefable alegría, y luchando en su alma estos diversos sentimientos, triunfó por último el amor y el deseo de unirse y estrecharse con su amado Señor. Al sumir la sagrada hostia pareció que su rostro se iluminaba, trasluciéndose á lo exterior el divino fuego que entonces en su pecho penetraba. Grande fué el contento y regocijo y la devoción que este solemne acto inspiró á todos los habitantes de Sallent, donde la Misa se decía, pero particularmente á sus parientes y allegados. Cuando se retiró á dar gracias después de la Misa, el nuevo sacerdote estaba como enajenado. Lo que pasaba dentro de su corazón no es para dicho, y así le dejaremos gozar tranquilo de sus amorosos transportes y de sus coloquios celestiales, dando fin á este capítulo antes de empezar á recorrer el nuevo horizonte que se abre delante de nuestros ojos.



CAPÍTULO IV

VIDA SACERDOTAL DEL SEÑOR CLARET HASTA QUE ES LLAMADO Á LAS MISIONES (1835-1839)

1. Cómo cumplió el Sr. Claret con las obligaciones del estado sacerdotal.—
2. Primeros actos de su celo.—3. Es nombrado teniente, y luego cura ecónomo de Sallent.—4. Su conducta en este empleo.—5. Siéntese llamado de Dios á las Misiones.

1. Entrado el Sr. Claret con tan felices auspicios en el sacerdocio, fácil era adivinar cuán perfectamente cumpliría las obligaciones del nuevo estado. Como no hemos llegado aún al tiempo en que por deber de su cargo no podía menos de trabajar por la salvación de las almas en el ministerio de la palabra y en el santo tribunal de la penitencia, nos limitaremos á hablar de las obligaciones comunes á todos los sacerdotes, las cuales, además del buen ejemplo, se reducen principalmente al modo de celebrar la santa Misa y al rezo del Oficio divino.

Siempre fué muy amante de estar recogido en casa cuando la caridad no le llamaba fuera; pero resplandeció más este amor en los primeros años de su vida sacerdotal, porque, según se indicó ya en el capítulo pasado, debió en ellos completar sus estudios eclesiásticos, por lo cual aprovechaba todos los instantes libres para recogerse al estudio y á templar su alma con el acero de la ciencia y de la virtud de Dios. Mas á pesar de este voluntario apartamiento del mundo, el buen olor de Cristo desprendido de sus buenos ejemplos trascendía á toda la población y aun más allá de ella: que siempre fué la santidad como el granito de almizcle, que, aunque pequeño y humilde en sí, embalsama la atmósfera que le rodea. La devoción con que celebraba la santa Misa, la majestad, pero sin afectada lentitud, con que hacía sus ceremonias, la perfección